

EL

CRITERIO

B4568

.B2

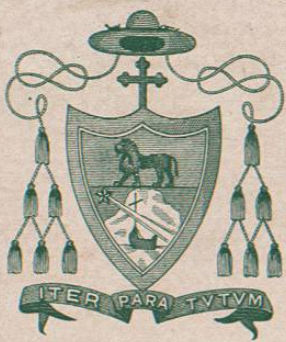
C7

1847

C. 1

B194c

009308



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

LEON
TARIA
S"
MEXICO

808



1080021399

Núm. Clas. 121
 Núm. Autor B194C
 Núm. Adg. 9308
 Procedencia -6-
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó 669
 Catalogó _____

EL

CRITERIO.

POR

Don Jaime Balmes,

Presbítero.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 C. P. 1625 MONTERREY, MÉXICO



México:
 IMPRENTA DEL CATÓLICO DEL NOROCCIDENTE, A. C. POR MARIANO AREVALO,
 CALLE DEL PUENTE DEL VALLE, MONTERREY, NUEVO LEÓN, MÉXICO, DIMAS NUM. 12.

184

Capilla Alfonsina
 Biblioteca Universitaria

9308 - 45831

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 MONTERREY, MÉXICO

9308

B 4568

.B2

C7

1847



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A
LOS ILLMOS. SRES. OBISPOS

De la República.

ILLMOS. SRES.

LA libertad de los pueblos se forma en la fe; su nacionalidad se constituye en la Iglesia; su unidad se establece en la unidad con los que tienen la plenitud del Sacerdocio de Cristo, y la de estos con la de aquel á quien Jesus confió los corderos y las ovejas del redil, de que ha sido, es y será el Pastor: Dios solo sabe cuánta alegría, cuánta prosperidad, cuánta gloria resulta de estos verdaderos principios á la Iglesia, á los pueblos, al mundo, al mismo

009308

Dios. Demos una mirada por el mundo. La libertad se separa del orden; la ciencia se separa de la fe; el amor se separa de la caridad; los hombres son peores á proporcion que son mas dichosos; los pueblos se apartan de Dios á proporcion que les da mas libertad y mas gloria; la tierra huye del cielo á proporcion que el cielo se inclina hácia la tierra: Dios solo sabe cuántas desgracias, cuántos crímenes están reservados para lo futuro. Inculcar aquellas verdades eternas, remediar estas desgracias futuras, pertenece, es propio, es peculiar de los querubines de la Iglesia; de aquellos cuyo pensamiento va desde la tierra al cielo, cuyo amor viene de Dios á los hombres y vuelve de los hombres á Dios; de aquellos, cuyo corazon solo aspira á lo que es grande, á lo que es santo, á lo que es divino; de aquellos que son los hombres de Dios y de las naciones, por cuyo motivo tienen un brazo en el cielo y otro sobre la tierra; de aquellos, en fin, cuya caridad multiplica el tiempo, cuyo espíritu se dedica á la verdadera ciencia, su alma á la oración, su cuerpo al sufrimiento, todo su ser á Dios: **LOS OBISPOS.**

La Iglesia Mexicana ha podido en todos tiempos justamente gloriarse del mérito relevante de sus Pastores. El débil ha hallado siempre en cada uno de ellos un apoyo, el vicio un censor, el error un verdadero apóstol, la virtud un guia, un festigo. Ellos en todas

ocasiones se han colocado como un muro entre el opresor y el oprimido. Ellos, cuando ha sido necesario, han tomado en sus manos los derechos y las libertades de los pueblos. Muchos de ellos han sufrido por su grande ánimo y fortaleza. Todos, en fin, han sido, todos son apóstoles con el corazon y con la vida: guardan cuidadosamente el depósito de la fe que se les ha confiado: aman la unidad, hacen que sus pensamientos y sus esperanzas se dirijan frecuentemente hácia la silla donde está sentado su gefe, y de donde viene todo su poder y toda su fuerza: su sumision al sucesor de Pedro dispone y hace que obedezcan los sacerdotes y los fieles á quienes gobiernan.

El pueblo Mexicano ve todo esto. El pueblo Mexicano se halla poseido de la mas alta, de la mas sublime admiracion y respeto hácia sus Pastores. Todos cuantos los ven, dicen: *Ahí pasa el Hombre de Dios*; todos cuantos los ven creen estar mas cerca de Dios.

Garantizados por esta verdad los Editores del *Católico*, ofrecemos á VV. Illmas. nuestro pequeño trabajo en la formacion de la **BIBLIOTECA CATOLICA** que presentamos al pueblo mexicano. El proyecto es nuestro; la aprobacion que humildemente suplicamos, es de VV. Illmas.; la utilidad cierta é indudable lo será para los amantes de la Religion. La creacion de una **SOCIEDAD DE BUENOS LIBROS** no es nueva: la hay en Francia, la

hay en España, la hay en todos aquellos países, donde los hombres pensadores y sensatos han creído poner un dique á la lectura de malos libros con la lectura de los buenos. En la República Mexicana es nueva, y nosotros nos damos mil parabienes por haberla instalado.

Reciban, pues, VV. Illmas. este segundo, aunque pequeño obsequio. No dudamos de su cooperacion á la lectura y circulacion de nuestra BIBLIOTECA CATOLICA, ó sea Coleccion de buenas y escogidas obras.

ILLMOS. SRES.

B. L. M. de VV. Illmas. con el debido respeto sus mas atentos y obedientes servidores

*Los Editores del Católico
y de la Biblioteca Católica.*

DISCURSO PRELIMINAR

MAS de mil ochocientos años hace que en un rincón de Galilea se dijo á un pescador del lago de Genezaret: *Tú te llamarás Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno.* (Matt. 16. 18.) El que dijo estas palabras hablaba en tono de Profeta: las gentes lo escuchaban como á tal. El se llamaba á sí mismo Hijo de Dios: sus obras maravillosas acreditaban que lo era en realidad. ¿Sus milagros acaso, sus virtudes, el bien que á todos hacia, las profecias que citaba en testimonio de su palabra, le pusieron á cubierto del odio, de la envidia, de las pasiones mezquinas de sus rivales? Los principes de la Sinagoga se levantan furiosos; ellos logran por último hacerle espirar en una cruz. Las contradicciones son el nacimiento del cristianismo: las humillaciones de un suplicio de infamia, las amarguras del Calvario, los silbidos de unos principes insolentes, las furias de un pueblo frenético.... estos son los arrullos á cuya horrible armonia se mece la cuna del naciente Evangelio.

¿Con la muerte de Jesucristo murió la palabra del Evangelio? ¡Ah!... Esa palabra no era sino una chispa: al cabo de pocos días creció en un voraz incendio, agitada violentamente por el sople divino que se infundió en el corazón de los discípulos de Jesús. Estos discípulos, al frente de ellos Pedro, se presentan denodados en las plazas de Jerusalén; como una falange de espartanos, resueltos á morir antes que desistir de su empresa, hablan con confianza la palabra de Dios, y anuncian las maravillas del Señor en voz inteligible á hombres de todas las lenguas y naciones de la tierra (Act. 2. 11). La admiración y el asombro preocupan los ánimos de todos: gran número de hombres y mujeres se reúnen á los apóstoles y abrazan su doctrina. La Sinagoga vuelve á encolerizarse; recelosa del crédito que van grangeándose de día en día los predicadores de la ley nueva, trata de conjurar la tempestad que va formándose. Intima á los apóstoles que callen: les castiga porque creen que han de obedecer á Dios primero que á los hombres (Act. 5. 40); una persecución violenta dispersa la nueva grey (Act. 8. 1). Cada día nuevas contradicciones, cada día trabajos nuevos acompañan al cristianismo en los primeros pasos de su infancia.

No intentamos tejer ahora la historia de la Iglesia en los diez y ocho siglos desde su nacimiento; bastará decir que su carácter ha sido siempre el de *Iglesia militante*. Siempre en guerra con el error, siempre reñida con el vicio, siempre perseguida, siempre atribulada.... con verdad ha podido decir con el Apóstol (2. Cor. 11. 26), que siempre y en todas partes la han rodeado peligros de toda especie, en poblado y en despoblado, en las ciudades y en el desierto, en

el mar y en la tierra, de parte de los gentiles, y hasta de parte de algunos de sus mismos hijos, quienes han levantado sus manos parricidas para desgarrar el seno que los concibió, y de quienes puede decirse *Filii matris meae pugnauerunt contra me* (Cant. 1. 6). Mas en medio de tantas tentativas, de tantos combates, de tantos reveses, de tantas tribulaciones, siempre ha estado con ella la mano del Señor, que la ha sostenido, la ha consolado, la ha hecho aparecer mas brillante, gloriosa y superior á todos los esfuerzos coligados de la tierra y del infierno. A las humillaciones de la cruz se siguen las glorias de la resurrección; á la dispersión de los apóstoles en Jerusalén, se debe la diseminación de la semilla del Evangelio en todo el mundo; la rabia y la crueldad de los tiranos producen la constancia y los triunfos de los mártires; la pertinacia de los hereges aguza las doctas plumas de los Santos Padres. Los consuelos siempre al lado de las aflicciones, los triunfos siempre en pos de los combates, siempre perseguida, siempre victoriosa: así ha pasado por estas duras alternativas, así ha venido hasta nuestros días; pero conservando siempre una misma fe, unos mismos dogmas, unos mismos sacramentos, un mismo gobierno, una misma gerarquía. El infierno, loco en sus tentativas, rabioso en su impotencia, insensato en su despecho, ha tomado á su cargo justificar la verdad de lo que Jesucristo prometió á su Iglesia, nadie jamás podrá destruirla, *las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella*.

Séanos licito, al hablar del gobierno de la Iglesia, observar el modo con que se estableció este gobierno, y con que se ha perpetuado hasta nuestros días. Pocos años después de haberse dispersado los apóstoles, aquel pescador humil-

de á quien se habia dicho: *Yo te entregaré las llaves del reino de los cielos*, este pescador concibe el audaz proyecto, proyecto temerario á los ojos de la política segun la carne, el proyecto de subyugar la ciudad señora del mundo, y fijar su trono en el palacio de los Césares. Hace su entrada en Roma armado de un báculo y provisto de una alforja. Tiene habilidad de introducirse en el palacio de Neron: allí hace sus prosélitos, así como en el senado, en el foro, en todos los puntos, y entre todas las clases de la ciudad. La palabra evangélica brilla como un relámpago: los ídolos tiemblan en sus templos: el número de sus adoradores disminuye. Neron aguza su ingenio, los magistrados redoblan su celo, los sacerdotes agitan y fanatizan la multitud; pero todo es en vano: se espiden decretos atroces, corre la sangre de los cristianos, Pedro es una de las víctimas. No muere en Pedro el Vicario de Jesucristo, el Pastor universal, la cabeza de la Iglesia, el Obispo de los obispos. Lino ocupa su lugar, y hereda sus prerogativas, y despues de Lino otros y otros las heredan: al cabo de trescientos años de angustias, de persecuciones y de sangre, aparece el Santo Pontífice Silvestre, como el trigésimo segundo sucesor de Pedro, gobernando, no solo la Iglesia de Roma, sino la de todo el mundo.

Desde entonces empieza otra época. Los Papas gobiernan con libertad todo el orbe cristiano: su voz retumba sonora en todas las partes del mundo conocido. La palabra de Jesucristo no puede ser burlada: todo el poder, toda la política, todas las maquinaciones, todas las pasiones de los hombres, vendrán á estrellarse contra esta palabra infalible. Aun cuando no tuviésemos otros datos que apoyasen esta nuestra esperanza, podria ser suficiente lo sucedido en nuestro si-

glo en la eleccion de Pio VII. ¿De qué le sirvió al coloso del siglo tener aherrrojado y lejos de Roma al Santo Pontífice Pio VI? ¿de qué le sirvió tener en dispersion el colegio de cardenales? Muere el Papa, y una mano invisible, la mano de Dios, reúne en Venecia un número suficiente de cardenales, que canónica, legítimamente y sin contradicción alguna, eligen á Chieramonti, que con el nombre de Pio VII. gobierna por el espacio de veinticinco años á todo el pueblo cristiano. Toda la Iglesia le saluda con un grito de alegría; unánimemente reconoce en él al Obispo de Roma, al sucesor de Pedro, al Vicario de Jesucristo. Entre satisfacciones y trabajos, entre borrascas y bonanzas, entre seguridades y peligros, jamas ha faltado á la Iglesia quien la sirva de cabeza, de pastor, de doctor y de maestro. Doscientos cincuenta y siete sucesores ha tenido aquel pescador Simon, á quien Jesucristo quiso llamar Pedro, y sobre quien quiso edificar su Iglesia. Doscientos cincuenta y siete se han sentado en aquella cátedra, que Pedro estableció en Roma en el año segundo de Neron; y el que actualmente se sienta en ella, y el que ahora la ocupa tan dignamente y con tanta satisfaccion y júbilo de toda la Iglesia, es nuestro Santísimo Padre Pio IX, quien tiene en su mano la llave del reino de los cielos, para cerrar y escluir de él á los que lo merezcan, sean reyes ó príncipes, sean senadores ó diputados, sean españoles, franceses, mexicanos, etc., y de cualquiera nacion ó pueblo de la tierra.

Nosotros vemos la Iglesia de ahora combatida como lo ha sido siempre, y triunfante como no puede dejar de serlo. Nosotros vemos la Iglesia en nuestro siglo heredera de las contradicciones, de las tribulaciones y de los vejámenes con

que han querido probarla las potestades de la tierra, así como de la invariabilidad en sus dogmas, de la infalibilidad en su doctrina, de la indestructibilidad en su organización y gerarquía, con cuyas hermosas prerogativas la dotó, la distinguió y quiso su divino fundador Jesus que permaneciese hasta la consumación de los siglos.

Este dogma, como todos los demás que nos enseña la misma Santa Iglesia, tiene un derecho de preferencia entre los Mexicanos. Genio, índole, carácter, propensiones, usos, costumbres, todo respira un aire religioso: á su sombra han sido felices: ellos se han salvado de los mismos escollos en que han naufragado otras naciones católicas. Mexicanos: si, como es posible, los libros irreligiosos han pervertido ó pueden pervertir vuestro juicio; si han cambiado ó pueden cambiar vuestras ideas; si han sido ó pueden ser el origen de vuestros extravíos, nosotros os presentamos en la BIBLIOTECA CATOLICA un verdadero antídoto, las obras más luminosas y más sólidas de la Religión, aquellas que reunan en sí el doble atractivo de instruir y deleitar; aquellas que, siendo acomodadas á la capacidad de toda clase de lectores, hagan aparecer en toda su belleza la verdad de una Religión toda divina. En su defensa debemos seguir los pasos, la táctica artificiosa de sus enemigos: estos, sin otras armas que un estilo florido, unas frases sonoras, unos períodos recordados, han logrado seducir á los talentos superficiales: por lo mismo es de nuestro deber presentar las verdades de la Religión en todo su esplendor y con toda dignidad. Sin embargo, como hay verdades amargas para el corazón, la delicadeza de nuestro siglo exige, como de justicia, que se le presente la verdad con todos los atractivos, con todas las

bellezas de una elocuencia penetrante y persuasiva, pero sin degradarla. En tiempos más felices, la verdad desnuda de todo follaje postizo, se hacía amable por sí misma: en nuestros desgraciados días apenas llama la atención, aun cuando se nos presente revestida de una elocuencia patética, de un estilo fino, y de aquellas expresiones favoritas al genio y gusto de nuestro siglo. La fuerza de esta verdad es la que ha enriquecido á las naciones de obras maestras en esta clase, de que la Francia, Italia, Holanda y otras naciones nos suministran pruebas nada equívocas de esta verdad: tan verdad es, que la misma tierra que aborta los errores, produce los apologistas de la verdad: esta misma nos demuestra la causa de la escasez de esta clase de obras en la República Mexicana.

Por lo mismo, el mayor obsequio que podemos hacer á todos sus habitantes, y con especialidad á los amantes de la Religión del Crucificado, es proporcionarles una BIBLIOTECA selecta de Religión, en la que reunidas las obras de mérito conocido por la solidez de sus principios, por la fuerza de sus raciocinios, por la fluidez y elegancia del estilo, y por el nervio de la elocuencia, hija de la verdad y madre del convencimiento, puedan instruirse en los fundamentos de la verdadera, y por lo tanto única Religión, comparar la sublimidad de sus verdades con los extravíos y errores del hombre incrédulo, y pesar en la balanza de un juicio libre de preocupaciones los incontrastables motivos de su credibilidad.

El hombre religioso, al fijar su vista en estas brillantes apologías de su Religión, como que se engríe al verse superior á esos tan decantados genios de la incredulidad; y com-